

La prensa escrita y la guerra de Estados Unidos contra Iraq

La censura es en gran medida autocensura, por un lado de periodistas y comentaristas que se ajustan a la realidad de los requerimientos organizativos de las fuentes y de los medios de comunicación, y por otro de los responsables de alto nivel de dichos medios, que fueron elegidos para poner en práctica las constricciones impuestas por los propietarios y por otros centros de poder, tanto del mercado como gubernamentales

Noam Chomsky

Hace trece años, con la cobertura mediática de la guerra del golfo Pérsico, ya empezábamos a contemplar una guerra mediatizada, intervenida y presenciada desde los medios masivos. Sin duda alguna, fue ya una pequeña demostración de lo que serían capaces los medios, en torno a la cobertura y el tratamiento informativo, en posteriores conflictos internacionales. Pero lo que quizá nunca imaginamos es que con la guerra de Estados Unidos contra Iraq, que se declaró el 21 de marzo de 2003, los medios tomarían un rol tan introspectivo acerca del tema. Ya no solo se trata de presenciar una guerra, sino de prácticamente ser parte de los hechos más insospechados: un soldado que relata su vida, un periodista mártir, un ciudadano común y corriente, un prisionero que cuenta su heroísmo, el saqueo de una ciudad casi transmitido en directo, etc.

En esa línea, tanto la prensa como la televisión han permitido que el receptor se transforme en un espectador-protagonista de una guerra, que se realiza a miles de kilómetros de distancia, permitiendo darle a la información un carácter más particular y más detallado de lo que acontece en Iraq. La información ya no solo se limitó a presentar el conflicto en general y a Iraq como gran escenario

de una guerra, sino también pretendió presentar los eslabones de esa guerra y sus escenarios y actores particulares, que incluso podrían catalogarse como irrelevantes y triviales, pero que vistos desde los medios, aparecen como la ventana a lo cotidiano. El personaje anónimo tiene la capacidad de transformarse en un personaje público (Gubern, 1987). Nunca antes habíamos visto con tanto detalle un ataque desde el punto de vista de un soldado, que ha dejado a su familia para combatir en esta guerra. Casi estamos ante la puesta en escena de acciones que antes resultaba imposible ver con detalle y de las que hoy, incluso, podemos participar, a través de los ojos y del relato de uno de sus actores anónimos, que se transforma en héroe, gracias a que el medio lo extrae del anonimato.

Desde el primer día de cobertura de la guerra, la prensa escrita local se dedicó básicamente a describir el desarrollo del avance bélico. Describir no es el error, puesto que una de las responsabilidades de los medios noticiosos consiste precisamente en informar y referir a la sociedad los eventos de interés público. ¿Pero qué sucede cuando los periódicos se limitan prioritariamente a dar un reporte detallado con algunos matices emotivos de un even-

to de esta magnitud? ¿No deberían los medios, además, promover y potenciar la capacidad interpretativa de los lectores?

Lo primero que hace falta considerar es que los medios nacionales no cuentan con corresponsales en el campo de batalla y que, por lo tanto, la información que aparece en los periódicos es obtenida de las diferentes agencias informativas internacionales. Por ello, es importante contemplar dos aspectos esenciales: el primero es que el proceso de selección de noticias no se realiza al azar, ya que cada medio elige lo que es relevante, de acuerdo con su línea informativa, para el conocimiento de sus lectores. El segundo aspecto tiene que ver con la tarea interpretativa periodística. El papel de los medios no debería reducirse a la elaboración de un mero reporte de las actividades de guerra y la tecnología utilizada, sino que también debería estar relacionado con la evaluación del desarrollo de los hechos y sus posibles consecuencias.

No es posible reducir la función de la prensa escrita a la de portavoz de las agencias internacionales de prensa. Ciertamente, los medios nacionales tienen grandes limitaciones para enviar corresponsales a cubrir el conflicto y los cables facilitan el trabajo de la difusión y la divulgación de la información, en poco tiempo y con gran eficiencia. Pero eso presenta la gran dificultad de tener que someter al medio al criterio de selección de la información de las agencias internacionales. Sin embargo, la prensa nacional no es del todo la víctima de esa dificultad, ya que el hecho de priorizar una información sobre otra implica un enfoque y una tendencia periodística. No es casual que se haya asignado aproximadamente un 90 por ciento del espacio a notas en las cuales se da la palabra a voceros estadounidenses y un 10 por ciento en el que se le da la palabra a voceros o personajes de iraquíes, y en la mayoría de los casos, anónimos. "La selección del material comunicativo, implica desestimar como irrelevante [un alto porcentaje de la información] que llega a las redacciones. Pero en ese proceso existen unos intereses, además de las rutinas profesionales, que hacen que se silencie aquello que no interesa dar a conocer" (Sánchez Noriega, 1997).

En el caso de *El Diario de Hoy*, predominó la selección de información en torno a los ataques del ejército estadounidense, en el territorio iraquí. A pesar de que la prensa escrita destacó durante la primera semana de cobertura que Estados Unidos

no había logrado demostrar que en Iraq existían armas de exterminio masivo, no se le dio seguimiento, ni se analizaron las implicaciones de este hecho, en las semanas subsecuentes. Al contrario, la presentación de un gran número de notas sobre los avances bélicos de la coalición (aproximadamente 25) fue acompañada de hechos conexos que, repetidamente, justificaron el punto de vista de Bush: la defensa de la libertad. Predominó además, la información sobre la tecnología de guerra utilizada; es decir, detalles sobre los instrumentos bélicos más novedosos, empleados en los ataques, como expresión de la superioridad militar de la nación estadounidense. Frente a la interpelación permanente de la prensa sobre el volumen de las víctimas que dejaría la intervención, los voceros de la alianza lanzaron el anzuelo de su superioridad tecnológica a los medios. Y su estrategia fue exitosa.

Una vez más se pudo apreciar cómo los periódicos le dan cabida incansablemente a la típica justificación de Estados Unidos: creer que es el policía del mundo. Esto se refleja en el hecho de que la prensa local le dio prioridad a las notas que destacaban el punto de vista estadounidense en torno a la necesidad de la guerra contra Iraq, mientras que el número de notas principales que abordaron el punto de vista iraquí fue muy limitado.

Esta carencia de referentes y de fuentes iraquíes no solo refleja una desigualdad en el otorgamiento de espacios, sino también un recurrente "silenciamiento de voces", a la manera en que lo describe Sánchez Noriega (1997): "no informar sobre los hechos, declaraciones de personajes públicos, investigaciones de organismos, etc., es el primer mecanismo de desinformación". Por lo tanto, la estructura discursiva refleja desigualdad, no solo por los espacios otorgados, sino porque la mayoría de los personajes estadounidenses se transforman en actores particularizados, que salen del anonimato, mientras que los personajes iraquíes no dejan de ser anónimos. En ese sentido, las referencias más comunes son de la población en general. Esa generalización permite destacar el carácter de víctima de la población iraquí, pero no a causa de la ofensiva estadounidense, sino del régimen de Sadam Hussein. En ese sentido, en las notas existe una tendencia a presentar al pueblo iraquí como la *víctima*, al régimen como el *victimario* y, por supuesto, a Estados Unidos como el *héroe libertador*. Esta lógica subyacente al discurso permite dilucidar los valores atribuidos a los diferentes actores. Se puede ha-

blar, en consecuencia, de *ingroups* y *outgroups*. Los primeros hacen referencia a los amigos, a los aliados, a los seguidores y a las víctimas; mientras que los segundos hacen referencia a los enemigos u oponentes y se les atribuyen, por lo general, valores y acciones negativas (Van Dijk, 1995). Esa clasificación subyacente es la que ha permitido que la prensa local justifique la invasión estadounidense como una demanda de libertad. Una necesidad apremiante que debe ser satisfecha y que permite justificar las acciones beligerantes.

A esto puede sumarse la frecuente aparición de notas sobre historias de vida, que reflejaban el sufrimiento de algunas familias, ya sea por vivir bajo el régimen de Sadam Hussein, por la persecución de la guerra o por la muerte o por la ausencia de los hijos que partieron a la guerra, en el ejército estadounidense. En general, este tipo de notas apela a la emotividad del lector y no al razonamiento. El estilo "emotivo" no es un enfoque serio como para evaluar la serie de crisis sociales que implica una guerra. Este tipo de indagación no refleja profundidad en el análisis, ni en la cobertura, sino una depuración de efectos espaciales y noticias vía microondas, que permiten reflejar casos particulares, intrascendentes, pero que pueden estimular la emotividad del lector como es el caso de algún compatriota que llega a sus veintidós años en pleno combate.

Esto es una muestra del grado de trivialidad que demostraron los medios en su cobertura de la guerra, con el argumento de que con ello los lectores lograrían entender mejor el contexto y las razones del hecho. "Convertir un hecho banal en un acontecimiento, un hombre vulgar en un héroe, un lapsus en unas declaraciones escandalosas, la anécdota en categoría, no es privativo de la prensa amarilla" (Sánchez, 1997), sobre todo si asumimos que no toda la información comunica y, por lo tanto, no toda la información es pertinente.

Casi nadie ignora que no necesariamente la cantidad de información equivale a calidad y mucho menos implica un público informado de forma correcta. De hecho, el exceso de información puede generar desinformación. En las publicaciones de *La Prensa Gráfica* y *El Diario de Hoy* se percibió una saturación de notas sobre el acontecimiento, y en cada una de esas notas, una gran cantidad de descripciones, referencias a contextos particulares y una narratividad que pretendió darle al lector una gran cantidad de elementos para conocer y develar la realidad. La desinformación no se dio por ca-



rencia, sino por saturación de datos, muy influenciada por la ligereza con que los medios seleccionaban la información a publicar, producto de lo cual el lector podía tener acceso a datos sobre "el nido de amor de Sadam", en la misma edición en la que se hablaba de un "ataque masivo que Estados Unidos había lanzado contra Tikrit" (*La Prensa Gráfica*, 14 de abril). Si no existe una distribución adecuada de la información, se pierde el carácter de relevancia de algunas notas y se cae en la trivialidad, hasta el punto de equiparar en importancia un complejo operativo militar al dato superficial del color de las sábanas de Sadam Hussein. En esa misma línea, surgen las especulaciones que no solo desinforman, sino que desprestigian a los actores a quienes se hace referencia. De hecho, fue frecuente la conjetura sobre el paradero de Sadam Hussein, al igual que con la posibilidad de encontrar armas prohibidas. Ciertamente, fueron rumores transmitidos desde las agencias internacionales, pero el periodismo de información no puede permitirse asumir como material de prensa ese tipo de especulaciones, aunque éstas provengan de fuentes indirectas.

Otro tipo de notas que predominaron en la prensa escrita, principalmente durante la segunda semana de cobertura, estaba relacionada con supuestos y con noticias erróneas. De acuerdo con Mar de

Honcuberta (1995), la noticia basada en una especulación introduce información que no ha sido comprobada o rumores no confirmados. Mientras que las noticias erróneas son aquellas construidas con datos que se han dado a conocer como verdaderos y luego resultan ser falsos y son reconocidos como tales. Este tipo de notas estuvo especialmente relacionado con las supuestas apariciones públicas de **Sadam Hussein**, con los presuntos mensajes de lucha que él mandó a su pueblo y con los hipotéticos levantamientos y rendiciones del ejército iraquí. Algunas de estas notas fueron desmentidas, rectificadas o no pudieron ser confirmadas, en particular cuando estaban ligadas a las supuestas apariciones en público de **Sadam Hussein**. Este tipo de datos “ambiguos” se reflejó, en especial, en el uso del lenguaje: “los líderes iraquíes podrían estar incapacitados”, “había creciente optimismo en los mandos estadounidenses de que hubiesen desarticulado la cúpula iraquí”.

Añadidas a la serie de notas obtenidas de las agencias internacionales que *El Diario de Hoy* seleccionó, se encontraron cinco notas producidas por reporteros de ese periódico. Únicamente las primeras dos notas reflejan una idea de cómo los niños y jóvenes de plan básico, bachillerato y la universidad no están de acuerdo con la guerra. Otras dos notas son tratadas con el enfoque emotivo, ya mencionado, llegando hasta a afirmar que “todos están en contra de la guerra, pero al ver a sus familiares en semejante situación han optado por apoyar al bando que ellos defienden” (*El Diario de Hoy*). Una cosa es esperar que los familiares que combaten en la guerra regresen sanos y salvos y otra muy distinta es apoyar una guerra. En este sentido, el análisis periodístico en torno a la visión que la ciudadanía tiene de la guerra es pobre.

La cobertura informativa que describe el desarrollo y el supuesto fin de la guerra, también enfatiza los casos relacionados con la liberación del pueblo del régimen de **Sadam Hussein**, gracias a los soldados estadounidenses (“Liberan a unos 100 niños prisioneros del régimen”, “Rescatan a prisioneros” y “Liberan a prisioneros de celdas subterráneas”, *El Diario de Hoy*). Se presentan también con frecuencia otros casos que ayudan a enfatizar esta idea de liberación —“Cae último bastión de **Sadam**” (*El Diario de Hoy*, 15 de abril); “Se rinde asesor de **Sadam**” (13 de abril); “Las fuerzas de **Hussein** caen en **Mosul**” (12 de abril); “Liberan a soldados prisioneros”, “Iraqíes dan gracias a

E.U.A. por ‘librarlos del régimen de **Husein**’”, *La Prensa Gráfica*. Sin embargo, a partir de la segunda quincena de abril, catalogada por la prensa escrita como “el fin de la guerra”, lo único que la información aparentaba reflejar era que la complejidad del conflicto no permitía ponerle un fin rápido. Desde el punto de vista de la coalición, los objetivos militares estaban conseguidos, pero desde el punto de vista de los derechos humanos, el conflicto persiste, no solo desde una perspectiva cultural, sino también por la devastación de la vida cotidiana, en nombre de la recuperación de libertad.

La prensa permitió perfilar la guerra desde la grandiosidad de lo nunca antes visto. Casi permitió presenciar una guerra con todas las características de un guión cinematográfico, desde los escenarios, hasta los personajes (protagonistas y antagonistas). También cabe destacar el simbolismo de los victimarios, relacionados al terrorismo y la exaltación de la figura del antihéroe; el triunfo del bien sobre el mal con la destrucción de estructuras de poder, que simbolizaban la caída del régimen y la destrucción del *imperio del mal*, al estilo Hollywood. La magnificencia de la imagen de un palacio devastado o de la estatua del dictador destruida refleja no solo el terreno ganado, sino que garantiza el impacto moral de la derrota del régimen. Esas imágenes fueron importantes para impactar la sensibilidad de un lector espectador y a la vez participe de las acciones mediatizadas.

Ese simbolismo del que hablamos, no solo se refleja en el argumento de la historia develada por los medios, sino también en la adjudicación de valores positivos y negativos a los actores. Valores positivos que enfatizan un nosotros “democrático” (Estados Unidos) contra un ellos (Iraq), a quienes describen desde un nacionalismo primitivo, etnocéntrico, alimentado por los estereotipos racistas, asociados a los musulmanes, los fundamentalistas, los árabes y los extranjeros.

La cobertura de la prensa escrita reveló información más descriptiva que analítica del conflicto armado; no cuestionó aspectos relacionados con la validez del discurso estadounidense y sus supuestas intenciones de liberación. Esto no es un descubrimiento extraordinario, si se toma en cuenta que los medios informativos más importantes del país apoyan la visión neoliberal. Sin embargo, sí es relevante destacar la ausencia de análisis en la información cotidiana, dado que los medios en cuestión

se consideran independientes, profesionales e imparciales.

La prensa escrita tampoco evaluó la violación de los derechos civiles, no analizó el papel de la cultura, ni tampoco examinó que Estados Unidos declarara la guerra sin haber podido presentar pruebas de que Iraq poseía armas de destrucción masiva. La responsabilidad de la prensa no se puede evadir con el argumento de la importación de cables. Los criterios de selección de la información y los énfasis informativos conllevan significados precisos o un discurso subyacente, ya sea por omisión o por acción. Los medios fueron el principal instrumen-

to para proyectar, como cualquier sala de cine, el espectáculo de la guerra.

Nataly Guzmán y Lorena Umaña

–

Referencias bibliográficas

- N. Chomsky (1990). *Los guardianes de la libertad*. Barcelona.
- M. de Foncuberta (1995). *La noticia*. Barcelona.
- J. Sánchez (1997). *Crítica de la seducción mediática*. Madrid.
- T. Van Dijk (1995). *Análisis del discurso ideológico*.

